

## Dios ha regalado un rostro al hombre contemporáneo

Congreso sobre Sábana Santa y Nueva Evangelización

Rogelio Villegas

Notas

«**P**ues el mismo Dios que dijo: Del seno de las tinieblas brille la luz, la ha hecho brillar en nuestros corazones, para iluminarnos con el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo» (2 Co 4, 6). La gloria de Dios que está en la faz de Cristo (*in face Christi Iesu*) ha brillado de diversas maneras a lo largo de la historia, especialmente en la Iglesia, en cuyo rostro resplandece la claridad del Esposo<sup>1</sup>. Ese rostro brilló de modo contrastante en el mes de mayo de 1898 cuando un fotógrafo turinés, Secondo Pia, mostró al mundo el negativo de una reliquia que, hasta entonces, sólo era un objeto de culto y veneración. Pia no estaba sólo: traía consigo un *instrumento* y un *método*, el fotográfico, símbolos de la nueva manera de ver el universo en el siglo XX. Así pues, la Sábana Santa, portadora de un misterio, llegaría a ser en unos años objeto de investigación científica. Así fue como entre las filas de peregrinos también se abrieron paso los científicos y los sabios de este mundo atraídos por la fascinación de un rostro misterioso. Más de un siglo después, la Iglesia misma parece ponerse como meta de peregrinación este mismo rostro en el camino del anuncio renovado del evangelio. Al menos parecía sugerirlo Benedicto XVI al final del Sínodo de los obispos sobre *La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana*. De este Sínodo, decía, «sale reforzado el compromiso por la renovación espiritual de la Iglesia misma, a fin de poder renovar espiritualmente el mundo secularizado; y esta renovación vendrá del redescubrimiento de Jesucristo, de su verdad y de su gracia, de su “rostro”, tan humano y a la vez tan divino, sobre el cual resplandece el misterio trascendente de Dios»<sup>2</sup>. El congreso sobre la Sábana Santa y la Nueva Evangelización ha resaltado algunos aspectos de esta peregrinación,

---

<sup>1</sup> Cf. *Lumen Gentium*, n. 1.

<sup>2</sup> BENEDICTO XVI, *Angelus*, 28 de octubre de 2012. Nótese la semejanza entre los adjetivos que usa el Papa hablando del rostro Cristo con los que utilizó Pablo VI en su mensaje con ocasión de la ostensión televisiva de la Sábana Santa en 1973: «Il volto di Cristo, ivi raffigurato, ci apparve così vero, così profondo, così umano e divino».

que quisiera exponer en dos momentos, un primero de tipo pastoral y otro de carácter teológico.

### **Mostrar al mundo la gloria de Dios que resplandece en el rostro de Cristo**

El manual de texto de la Nueva Evangelización nos indica que la transmisión de la fe cristiana consiste, en primer lugar, en el anuncio de Jesucristo, para conducir a la fe en Él<sup>3</sup>. Puestos delante de la Sábana Santa, no podemos no preguntarnos, en qué modo esta reliquia, objeto todavía hoy de acalorados debates, puede contribuir al anuncio de Cristo. Dos títulos afortunados nos pueden servir de marco de referencia para responder a tal pregunta. Ella es, de hecho, «espejo del evangelio» y «testigo mudo de la resurrección».

La imagen que custodia la Sábana de Turín nos narra los sufrimientos atroces de un hombre torturado, flagelado, coronado de espinas, crucificado y herido en el costado derecho. La correspondencia detallada entre el desenvolvimiento de estos hechos y la narración evangélica, hacen de la Sábana Santa un lugar privilegiado para la contemplación de los misterios que están al centro del *kerygma* cristiano<sup>4</sup>. Está claro que ella no es el evangelio, no tiene un carácter normativo para nuestra fe, pero su fuerza evangelizadora se sitúa justamente en la simbiosis única con los evangelios. El drama escrito con sangre y dolor llena de realismo a la *Passio* narrada con palabras, llevándonos a encontrar el único rostro de Jesús de Nazaret. Esta contemplación nace, en el texto y en la imagen, del encuentro con un abismo<sup>5</sup> abierto «por la en-ergia de la presencia vigilante que no *abandona* la expresión»<sup>6</sup>. A partir de esta constatación, podemos establecer algunos paralelismos entre evangelio y Sábana Santa. De la misma manera que un cierto monofisismo exegético puede desviar la lectura creyente de la Sagrada Escritura, un monofisismo científico puede menoscabar el significado profundo de la Sábana Santa. Con respecto al primero, Kierkegaard hablaba de aquellos que estudian con minuciosidad el marco del espejo sin jamás atreverse a mirarse en él. La ciencia ha realizado una investigación seria y de mucha calidad en el examen del objeto Sábana Santa, revelándonos las

---

<sup>3</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 425.

<sup>4</sup> Una expresión del contenido de este anuncio nos la ofrece Lc 24, 46-48.

<sup>5</sup> San Agustín habla con razón del abismo del misterio de Dios que habla al abismo del alma humana. Todo hombre es un abismo. Cf. *Enarrationes in Psalmos*, salmo 41.

<sup>6</sup> E. LEVINAS, *Totalité et Infini. Essai sur l'extériorité*, Le Livre de Poche, Paris, 2009, 331.

huellas de ese rostro ensangrentado que nadie como nosotros pudo contemplar antes. Pero la originalidad de esta reliquia consiste en el hecho de que, en ningún otro lugar como en ella, las preguntas sobre el qué y el cómo de la imagen, cargada de la subjetividad desnuda que ella manifiesta, no alcanzan toda su profundidad sin la pregunta por el quién y el porqué. Ante la Sábana Santa la pregunta de Cristo: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Mt 16, 15), se configura de modo diverso. Ella toma la forma de la pregunta cristológica rahneriana: «Qué cosa significa él para nosotros y quién debe ser él para tener para nosotros ese significado»<sup>7</sup>. Los apóstoles no habían sido aún testigos de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. La pregunta de Jesús toma como punto de referencia las opiniones del mundo, pero no la verdad total que resplandecería tras la resurrección. Por eso, la pregunta sobre quién sea Jesús, teniendo delante el evangelio y la Síndone, es «provocación para la inteligencia», no sólo para la inteligencia científica, sino también humana y creyente. Si Jesús, el Hijo de Dios presentado por los evangelios, fue envuelto en ese lienzo, entonces el misterio de ese rostro sólo se explica por la luz de la gloria de Dios que resplandece en él «tan humano y a la vez tan divino». Esa faz, como diría el filósofo del «visage», aparece siempre en lo alto y no es causa de interrogación para el creyente. Ella nos obliga a preguntarnos en medio del dolor y de la prueba, si realmente ese Tú sea el fundamento del mundo, de la historia y de nuestra existencia. A ello «nos obliga la honradez del pensamiento y la responsabilidad de la razón, y también la ley interna del amor que quisiera conocer más y más a aquel a quien ha dado su sí para amarle más y más»<sup>8</sup>. Estas consideraciones que podrían parecer tan abstractas pueden ser vistas de modo más concreto en la historia de fe, razón y amor que acompaña a la Sábana Santa. En los albores de la investigación sindonológica, Yves Delage, figura del científico agnóstico y desinteresado por los temas religiosos, nos ofrece un caso paradigmático. Junto a Vignon y Colson propone por la primera vez en 1902 una teoría sobre la formación de la imagen sobre el tejido, la teoría de la vaporografía. La nota explicativa de los resultados científicos fue presentada el 21 de abril de 1902 delante de las autoridades de la prestigiosa Academia de las ciencias de París, pero ella no será jamás publicada en las actas de la Academia. ¿La razón? Yves Delage, consternado por este hecho y por la revolución panfletaria que crean sus investigaciones, escribe una carta<sup>9</sup> a Charles Richet, director de la *Revue Scientifique*. Mu-

<sup>7</sup> K. RAHNER, *Christologie heute?* Idem, Schriften zur Theologie XIII, Einsiedeln 1975, 365.

<sup>8</sup> J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2005, 72.

<sup>9</sup> Y. DELAGE, «Lettre à M. Charles Richet», *Revue scientifique* 22 (1902), 683-687.

chos aspectos de esta carta podrían iluminar nuestra exposición, pero quiero detenerme en uno en particular, que toca directamente el argumento de la fecunda correlación entre Sábana Santa y evangelio. El científico, mediante un razonamiento de probabilidad y ateniéndose a los relatos evangélicos, muestra la casi imposibilidad de que dicha tela hubiera envuelto a otro personaje distinto de Jesús de Nazaret. El hombre Yves Delage nos ha revelado su mundo interior en una pregunta que nos puede hacer entrever un cruce de miradas con el rostro del Salvador: «Y si no es Cristo, es entonces algún criminal de derecho común. ¿Cómo conciliar esto con la expresión admirable de nobleza que ustedes leen sobre esta figura?». En una época en la que la lectura del evangelio concluía parecía concluir en la figura de un Jesús político, la puerta abierta por ese rostro no halló contrapartida. Como buen hombre de su tiempo, Delage creía en la historicidad de Jesús y no veía «por qué uno se escandalizaría si existen huellas materiales de su existencia». En cuanto a declarar que él fuera el hijo de Dios «no dije nada, porque no tenía nada que decir». Y lo triste del caso es que Delage tiene razón, él dijo todo lo que un buen número de hombres instruidos de su época podía decir. A Schweitzer, al término de la investigación sobre el Jesús histórico, escribiría en 1906: «Jesús es algo para nuestro mundo, porque de él viene una corriente potente que inunda también nuestro tiempo. Este dato de hecho no es ni alterado ni consolidado por el conocimiento histórico»<sup>10</sup>. Es verdad, pero con A. Ziegenaus podemos preguntarnos cuál es el fundamento de esta «corriente potente», de esta «energía». Queda claro que sin el evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios (Mc 1, 1) y sin la fe de Calcedonia, la Sábana Santa refleja la imagen de un hombre noble y de una grande belleza moral cuyas huellas nos han llegado por azar, como testimonio del alto grado de desarrollo de la ciencia de la imagen que tenían los hombres del pasado y que todavía no logramos descifrar. Para la Iglesia, para el creyente, el rostro de Cristo no puede quedarse en el pasado. La luz de la gloria de Dios debe seguir brillando para invitarnos a peregrinar por él y en él (*per eum in eum*), es decir, por el hombre a Dios (*per hominem in Deum*), por las heridas de su humanidad a su íntima divinidad (*per vulnera humanitatis ad intima divinitatis suae*) como reza un pequeño opúsculo atribuido a San Alberto Magno<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> A. SCHWEITZER, *Die Geschichte der Leben-Jesu-Forschung*, Siebenstern-Taschenbuch, München – Hamburg 1966, 621. En versión española, *Investigación sobre la vida de Jesús*, Edicep, Valencia 1990.

<sup>11</sup> A. MAGNO, *De adhaerendo Deo*, c. 2.

En segundo lugar, la Sábana Santa es «testigo mudo de la resurrección». Este apelativo nos presenta la contradicción aparente entre el testigo, la persona que debe hablar, contar aquello que ha visto y oído, y el silencio aparente de la reliquia. Cuando hablamos del testimonio de la Sábana Santa, debemos recurrir a la analogía de la Palabra<sup>12</sup>, pues en un objeto material, tangible, la Palabra nos ha regalado un rostro que comunica, da testimonio del evento que ha hecho nuevas todas las cosas. Ella, como la creación entera, habla a su manera. «Este rostro, estas manos y estos pies, este costado, todo este cuerpo habla, es en sí mismo una palabra que podemos escuchar en silencio ¿Cómo habla la Sábana Santa? Habla con la sangre, y la sangre es la vida»<sup>13</sup>. Al hombre contemporáneo que vive la crisis del silencio de Dios, ese rostro que cambia nuestras categorías de positivo y negativo, tiene algo que decir. La expresión de esa faz, del rostro ensangrentado, no es el sin sentido. Sus ojos ven la luz de la gloria, ella es victoria sobre el mal. El rostro de la Sábana Santa, en medio del silencio, es causa de esperanza. En su humanidad se refleja la continuidad con el varón de dolores de Isaías (no tenía apariencia ni presencia), en su divinidad la discontinuidad es total: antes se esconde el rostro ante él, ahora al verlo se confiesa: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios» (Mt 27, 54).

Dostoyevski, con su psicología penetrante nos presenta de manera única la centralidad y la importancia del anuncio de la resurrección: «Y si es así, si las leyes de la naturaleza no exceptuaron ni siquiera a él, si no exceptuaron su propio milagro, sino que le hicieron vivir en medio de la mentira y morir por una mentira, cabe concluir que todo el planeta es una mentira y está basado en una mentira, en una burla estúpida. De aquí se deduce que las leyes mismas del planeta son una mentira, una farsa diabólica. ¿Para qué vivir? Contesta, si eres hombre»<sup>14</sup>. Pero una luz ha atravesado la muerte y contrariamente a Nietzsche, el anuncio trágico de la muerte de Dios es causa de esperanza, porque la muerte ha hecho también real su resurrección. «Sólo si Jesús ha resucitado ha sucedido algo verdaderamente nuevo que cambia el mundo y la situación del hombre»<sup>15</sup>. Dios ha verdaderamente iluminado, transfigurado, nuestras mentes y nuestros corazones con el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo. Este hecho nos impulsa a anunciarlo con rostros de resucitados.

---

<sup>12</sup> BENEDICTO XVI, *Exhortación apostólica postsinodal Verbum Domini*, n. 7.

<sup>13</sup> BENEDICTO XVI, *Veneración de la Sábana Santa*, 2 de mayo de 2010.

<sup>14</sup> F. M. DOSTOYEVSKI, *Los demonios*, Vol. II, Alianza Editorial, Madrid 1984, 736-737.

<sup>15</sup> J. RATZINGER – BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Encuentro, Madrid 2011, 282.

Así pues, tras considerar la Sábana Santa como «espejo del evangelio» y «testigo mudo de la resurrección», está claro que la primera misión de la Nueva Evangelización es el anuncio de la persona de Cristo, como él es, Dios y hombre verdadero, para conducir a los hombres a la fe. La Iglesia no puede permitirse predicar a un Cristo aceptable, el campesino de Galilea. Jesús es el Verbo de Dios presentado por los evangelios y sometido al escándalo del dolor y de la cruz cuya imagen impactante nos la ofrece la Sábana Santa. A través de las palabras de la Escritura surge victorioso y potente el rostro de la Palabra que brilla con fausto humilde en la Sábana de Turín. Ese rostro, nos ayuda a comprender que «todos los contenidos en torno a los cuales gira la fe, no son sino aspectos concretos del cambio radical, del “yo creo en tí”, del descubrimiento de Dios en el rostro del hombre Jesús de Nazaret»<sup>16</sup>.

### **Gloria de Dios y rostro de Cristo en la reflexión teológica**

Esta consideración, de carácter más teológico, toca el tema de la segunda parte del congreso, Síndone y comunicación. Una de las tareas de la teología consiste en la comunicación del misterio de la fe a los hombres de hoy. Parto igualmente de una sugerencia del manual de texto de la Nueva Evangelización: «Catequizar es [...] descubrir en la Persona de Cristo el designio eterno de Dios [...]»<sup>17</sup>. En otras palabras es hacer experiencia en primera persona y transmitir que, en todo, Cristo ocupa el centro, para llevar no sólo al conocimiento, sino a la comunión con él. Cristo es el centro de toda la realidad (*Christus... tenens medium in omnibus*) como indica el título de un hermoso libro de G. Biffi: *Gesu di Nazaret, centro del cosmo e della storia*. Este maravilloso descubrimiento del «centro inefable», tan inmediato en la experiencia de fe, pone a prueba los límites de la inteligencia humana que quiere expresarlo. Nos limitamos a dar algunos sugerencias o pistas de reflexión, teniendo siempre como punto de referencia la gloria de Dios que brilla en el rostro del Cristo sindónico con una luz nueva para el hombre del siglo XXI.

André Léonard hace una exposición del camino del hombre, por la fe y la razón, hacia el encuentro de este centro en su libro *Fe y Filosofías. Guía*

<sup>16</sup> J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2005, 71.

<sup>17</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 426. Sobre el tema del cristocentrismo de la catequesis, véase en n. 5 de la *Exhortación apostólica Catechesi Tradendae*.

para un discernimiento cristiano<sup>18</sup>. Partiendo de la triada hegeliana *Logos-Naturaleza-Espíritu* que tematiza los tres grandes temas de la filosofía (mundo, alma, Dios), el autor presenta las tres vías que recorre el pensamiento humano en ese viaje inevitable hacia el encuentro de la realidad total. El gran mérito de esta obra es poner en evidencia cómo un determinado pensamiento filosófico condiciona la manera de comprender la fe cristiana y la misión de la teología. André Léonard presenta, pues, tres grandes vías del pensamiento (cosmológica, antropológica y metafísica) y los correspondientes acercamientos teológicos. La vía cosmológica en teología ilumina la inteligencia, mostrándonos en Cristo la *verdad* que revela el fin último del mundo y de la historia. Por su parte, la vía antropológica inspira una teología que lleva a considerar a Cristo en toda su *bondad*, introduciéndonos en la dinámica del amor trinitario e invitándonos al amor al prójimo. Por último, la vía teológica. Ella toca directamente nuestro argumento, pues pone en evidencia la *belleza* de Cristo, es decir, que «seduce nuestros corazones puesto que resplandece en él la *gloria* eterna de Dios como amor»<sup>19</sup>. En esta vía, el acercamiento teológico privilegia la positividad del misterio de Dios, «ella debe esmerarse pacientemente en la observación de los contornos positivos de la historia y de la salvación, debe aplicarse a hacer exégesis del rostro humano del Verbo encarnado, pues es aquí, en esta aventura de carne y de sangre, que brilla para nosotros, en todo su esplendor, la gloria inescrutable del Totalmente-Otro»<sup>20</sup>. No se trata de tirar por la ventana la verdad y la bondad del misterio de Cristo en favor de su belleza. Una *via pulchritudinis* que procediera de esta manera terminaría siendo *via solitudinis*. La fuerza de la belleza del misterio de Dios que resplandece en la faz de Cristo tiene como mérito justamente de unir verdad y bondad, a fin de mostrar serenamente «la fuerza y la belleza de la doctrina de la fe»<sup>21</sup>. Hablando en estos términos no pasa inadvertida la estética teológica balthasariana. Como es bien sabido, para von Balthasar en la figura de Cristo aparece toda la profundidad del amor divino y esta figura posee en ella misma su propia evidencia. De cara a la presencia palpable del mal, cuya presencia se hace más aguda en nuestra época; delante del «escondimiento de Dios» que «forma parte de la espiritualidad del hombre

<sup>18</sup> A.-M. LEONARD, *Foi et philosophies. Guide pour discernement chrétien*, Lessius, Bruxelles 2005. Las traducciones de los textos citados son nuestras.

<sup>19</sup> *Ibid.*, 282.

<sup>20</sup> *Ibid.*, 285.

<sup>21</sup> JUAN PABLO II, *Constitución apostólica Fidei depositum*, 11 de octubre de 1992, I. Introducción.

contemporáneo, de manera existencial, casi inconsciente, como un vacío en el corazón que ha ido haciéndose cada vez mayor», Dios responde con el silencio del amor que brilla en el rostro de aquel que es «resplandor de la gloria de Dios e impronta de su sustancia, que sostiene todo con su palabra poderosa» (He 1, 3). Llegados a este punto, se comprende que el servicio de la teología es hacer de puente entre lo que parece ser la doctrina para pocos y la búsqueda del hombre de hoy. Por esta razón, como hace notar André Léonard, existen varias vías complementarias en teología. La vía teológica debe empeñarse en hacer suyas las exigencias de la vía cosmológica y antropológica. Según, Léonard, Balthasar en su *Teodramática* hace suya esta inquietud, pero siempre en el plano de una antropología estrictamente teologal (*Heureusement*), «jamás como una antropología antropocéntrica ni tampoco como una teología articulada sobre los interrogantes del hombre, y todavía menos del “hombre de hoy”»<sup>22</sup>. Una clave de integración de las exigencias antropológicas en la vía teologal, nos la sugiere San Pablo en el pasaje que nos ha acompañado a lo largo de este artículo: el rostro de Cristo, y más precisamente del Cristo de la Sábana Santa. El realismo de este rostro lo libera de una cierta estética subjetivista. Y en la búsqueda de este rostro, la fenomenología leviniana prepara el terreno, con sus límites, a la cristología narrativa de Joseph Ratzinger.

En el apartado de su libro «*De otro modo que ser o más allá de la esencia*» dedicado a la gloria del Infinito, Lévinas, de tradición judía, escribe: «El orden que me ordena al otro no se muestra a mí, sino por la huella de su *anacoresis*, como rostro del prójimo; por la huella de un retiro que ninguna actualidad había precedido y que no se hace presente que en mi propia voz, ya obediente – duro presente de la ofrenda y del don»<sup>23</sup>. El tema del encuentro de sí mismo con el otro y en el otro, en el don, y por medio de este encuentro con el Tú de Dios, ha sido una de las ideas centrales de la obra de J. Ratzinger. Incluso fuera de este contexto, pensemos a la siempre nueva y fecunda producción artística que ha puesto sus raíces en estas temáticas que son patrimonio del hombre de todos los tiempos y que con el cristianismo han encontrado su plenitud en la persona y la obra de Jesucristo. Partiendo de la experiencia humana de la soledad y de las dos caras del amor humano, plenitud y precariedad, el joven teólogo alemán presentaba la existencia humana como un punto de partida para la experiencia

<sup>22</sup> A.-M. LEONARD, *Foi et philosophies. Guide pour discernement chrétien*, Lessius, Bruxelles 2005, 300.

<sup>23</sup> E. LEVINAS, *Autrement qu'être ou au-delà de l'essence*, Le Livre de Poche, Paris 2008, 220. La traducción es nuestra.

del Absoluto. El amor que me ordena al otro se me muestra como amor sólo en el descubrimiento verdadero del otro. Y el miedo a la totalidad egológica o egocéntrica, viene salvada por la belleza del misterio y de la gloria del amor trinitario: «Para quien cree en el Dios uno y trino la suprema unidad no es monótona. El modelo de unidad al que hemos de aspirar no es, en consecuencia, la indivisibilidad del átomo que no puede dividirse en unidades más pequeñas; la forma suprema y normativa de la unidad es la que suscita el amor. La unidad de muchos creada por el amor es unidad más radical y verdadera que la del átomo»<sup>24</sup>.

El hombre, en definitiva, no puede ser «la alegría del sí en la tristeza del finito» como decía P. Ricœur. Hay algo en lo profundo del alma humana, del espíritu humano que hace la experiencia de amar y ser amado, que lo impulsa a decir al otro constituido en principio de su existencia: «tu no morirás jamás». El ser humano aspira a vivir y un tú, un rostro, se presenta como el camino, como la razón por la cual vivir o morir. Sólo el Tú de aquel que no sólo da el amor, sino que es el Amor, da un sentido al amor por siempre. Con un radicalismo que va más allá del pensamiento de Lévinas, el creyente en Cristo no se alegra sólo de encontrar al otro en la propia voz, sino en la voz del autor de la obra del universo. «El Hijo del hombre resume en sí la tierra y el cielo, la creación y el Creador, la carne y el Espíritu. Es el centro del cosmos y de la historia, porque en él se unen sin confundirse el Autor y su obra»<sup>25</sup>.

Así pues, delante del rostro tan divino y tan humano que Dios nos ha regalado en la Sábana Santa podemos recogernos en oración y decir: «Tú eres aquel que *es*, el Amor, que no pasa ni cambia, el que permanece en medio de cambios y transformaciones, el Dios vivo, el que no sólo sostiene la sombra y el eco de mi ser, aquel cuya idea no es un simple eco de la realidad. Yo mismo soy tu idea, idea que está en mí incluso antes de que yo esté en mí; tu idea no es la sombra posterior, sino la fuerza que origina mi ser. En ti puedo permanecer no sólo como sombra, porque en ti estoy en realidad más cerca de mí mismo que cuando intento estar sencillamente en mí»<sup>26</sup>.

---

<sup>24</sup> J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2005, 152.

<sup>25</sup> BENEDICTO XVI, *Exhortación apostólica postsinodal Verbum Domini*, n. 13.

<sup>26</sup> J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2005, 253. El autor del artículo le ha dado la forma de oración al texto original.